

4. APÓSTOLES Y DISCÍPULOS

Los maestros judíos solían rodearse de discípulos. Y siglos antes, habían hecho otro tanto los sabios de la antigüedad, que formaban escuelas a su alrededor.

Cuando Jesús salió de Nazaret para iniciar su vida pública, hizo algo parecido, solo que con distintos alcances. Su enseñanza y sus poderes de salvación se proyectaban hacia toda la humanidad venidera. Por eso no solo enseñó, sino que concedió auténticos poderes de lo alto, a ese pequeño grupo que desde el comienzo reunió en torno de Él.

Los doce *apóstoles* (que quiere decir *enviados*) formaron el núcleo más íntimo de sus seguidores. Muchos otros, más allá de *los doce*, fueron llamados a ser discípulos suyos, de modo especial aquellos setenta y dos enviados a preparar su camino en Israel.

La vocación de los doce

Juan el Bautista, el profeta y precursor de Cristo, estaba un día rodeado de sus propios discípulos, cuando cerca

de ellos pasó Jesús. Entonces el Bautista, lleno del espíritu profético, lo señaló diciendo, con una expresión llena de significado para los judíos: *Ese es el Cordero de Dios.*

En cuanto oyeron estas palabras, dos discípulos del Bautista, llamados Andrés y Juan, dejaron el grupo y siguieron a Jesús que pasaba. Este se volvió y les preguntó qué buscaban. Ellos le respondieron, usando un rodeo (porque lo buscaban a Él mismo y no sabían cómo dejarse caer): *¿Dónde vives?* Y Jesús: *Venid y lo veréis.*

Fueron, pues, al improvisado domicilio de Jesús cerca del río Jordán, y se quedaron con Él todo el día. Nada se sabe de esa larga conversación, salvo los efectos fulminantes que tuvo sobre Andrés y Juan: les cambió el rumbo de su vida.

Podemos vislumbrar cómo les habrá encendido Jesús el corazón, qué horizontes habrá abierto a su inteligencia, como para que Juan, ya anciano, escribiendo su Evangelio casi setenta años después, recuerde la hora exacta de la tarde (alrededor de las cuatro) en que culminó aquel primer encuentro.

Casi en seguida, cuando Andrés encontró a su hermano Simón, le faltó tiempo para contarle lo ocurrido: *¡Hemos encontrado al Mesías!* Por fin, tras siglos de espera, había llegado el Cristo de Dios, el deseado por los patriarcas, el que divisaron a lo lejos los profetas, el salvador de Israel.

Andrés trajo de inmediato a Simón ante el Mesías. En cuanto lo vio, clavó Jesús en él una mirada llena de futuro, y le dijo: *Tú eres Simón, pero te llamarás Piedra.* Simón no

entendió lo que ese extraño nombre, para nosotros *Pedro*, podía significar. A su debida hora lo entendería con asombro.

Al otro día, Jesús encontró a Felipe, y lo llamó con esta simple palabra: *¡Sígueme!* Y, después de seguirlo, Felipe encontró a Natanael, y le contó que habían encontrado al Mesías, Jesús de Nazaret. Pero Natanael opuso una resistencia inicial, porque le parecía que de Nazaret no podía salir nada bueno: prejuicios aldeanos.

Felipe le argumentó con la que sería después una fórmula apostólica por excelencia: *Ven y verás.* Natanael fue y vio, y unas palabras misteriosas de Cristo, que lo hicieron sentirse íntimamente conocido por Él a primera vista, lo decidieron a confesar: *¡Tú eres el Hijo de Dios!*

Hay algo muy sobrenatural en estas primeras llamadas, claramente divinas, que movían a seguir a Jesús y a confesar su identidad celestial sin mayores trámites. Le bastaba una simple palabra, acompañada de una mirada singularísima, para arrebatar los corazones de aquellos llamados de la primera hora, no para ser discípulos, sino para llegar a contarse entre los doce apóstoles.

La llamada de Mateo fue muy diferente, porque Mateo era una persona diferente. No era un pescador o un labriego de Galilea, sino un hombre rico, y con fama de pecador público: un publicano. Su nombre de origen era Leví, y estaba sentado en su oficina de tributos.

Pasó Jesús por allí, lo miró y le dijo simplemente: *¡Sígueme!*

Él, dejando todos sus bienes, lo siguió de inmediato. Solo nos cabe pensar, una vez más, en los ojos imperativos y en la mirada ardiente de Jesús, para explicarnos esta renuncia y este seguimiento instantáneo.

Tal fue el entusiasmo de Mateo, que ofreció a Jesús una comida o cena, a la que invitó a sus amigos, que eran como él, publicanos y pecadores, para nuevo escándalo de los fariseos. La respuesta de Jesús fue este conmovedor enunciado de su misión en la tierra: *Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.*

El contenido de la vocación de los doce nos queda claro en dos episodios ocurridos en las costas de Galilea. El primero, cuando Jesús va pasando por la playa (siempre lo mismo: ¡es Cristo que pasa!). Allí encuentra a aquellos de los suyos que eran pescadores, y estaban manejando sus redes.

¿Qué les dice? Esto: *Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.* Y ellos, dejando redes y barca, le siguieron al instante. Lo mismo les dirá al final de la pesca milagrosa, que hizo a esos hombres maravillarse de su gran poder.

La figura es clara. Ellos saben por su oficio qué es eso de capturar peces en el mar. Su futura misión será cautivar seres humanos, ¡almas!, libremente prisioneras de amor en las redes del amor a Cristo, a través de la predicación apostólica. Queda así definida la misión de todos los apóstoles en los siglos que vengan.

Pero la última palabra sobre la elección divina de los doce vino un poco más tarde. Después de pasar una no-

che entera en oración sobre un monte, Jesús confirmó de manera solemne a esos doce en el apostolado. Su llamada definitiva se gestó, pues, en ese largo diálogo nocturno del Hijo con el Padre y el Espíritu Santo: conversaciones divinas precedieron su vocación.

¿Quiénes eran estos elegidos, estos señalados por el dedo de Dios, de Andrés a Tomás, de Juan a Santiago?

¿Eran los mejores hombres que había entonces en Israel, los más sabios y fuertes, los más virtuosos y fieles? No lo eran en absoluto. ¿Eran, por el contrario, unos hombres cualesquiera que Jesús fue encontrando de paso, casi al azar, en sus primeras incursiones por calles y playas? No lo eran en absoluto.

¿Quiénes eran entonces? Eran simplemente los que Dios quiso, en su soberana voluntad y en su designio eterno; los que el corazón de Cristo tuvo a bien elegir, y fortalecer con su gracia, para que respondieran en forma afirmativa a su vocación.

El designio de la llamada, de toda llamada del Cielo, se pierde en el abismo insondable de la libertad divina. Más tarde les dirá Jesús: *no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros.* Él eligió a sus apóstoles antes de la constitución del mundo.

Nos consta que eran hombres llenos de defectos. No comprendían bien las parábolas más simples con que Jesús enseñaba al pueblo. Entendían el reino de Dios, el reinado de Cristo, en forma crasamente temporal, nacionalista y política. Discutían con frecuencia acerca de quién de

ellos era el más importante de los doce. Y así tantas cosas por el estilo.

Y sin embargo, a pesar de todas sus miserias humanas, se les dio (sobre todo después de Pentecostés) la gracia necesaria del Espíritu Santo para estar a la altura de su vocación. Se cumpliría así en ellos la palabra de Jesús: *Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños y humildes.*

De hecho, después de predicar el Evangelio en distintas regiones del mundo, casi todos los apóstoles murieron mártires: sellaron con su muerte la fe en Cristo, bajo la espada u otras formas de tortura.

Otras vocaciones varias

Otros muchos fueron llamados por Jesús, no para formar el cuerpo de los doce, sino como discípulos.

A los mismos apóstoles, antes de su llamada como tales, y a título de discípulos, los había enviado ya Jesús con la misión de prepararle el camino, y les había dado especiales poderes, como el de curar enfermedades. Y ellos volvieron llenos de alegría, porque (decían) hasta los demonios se sometían al nombre de Jesús.

Eligió también Él a otros setenta y dos, y los envió delante de sí, con poderes análogos, a distintas ciudades y aldeas donde Él iba a ir.

No se piense que las condiciones para ser verdaderos discípulos de Cristo, hoy como ayer, sean pocas. Él mismo señaló dos de ellas, entre otras: amarlo a Él por encima de los amores más arraigados de la naturaleza humana, como el amor de padres, hijos, hermanos; y tomar la propia cruz para seguirle.

Jesús dirigió a distintas personas otras tantas llamadas, no siempre correspondidas. Entre las que no lo fueron, ocupa un lugar muy especial la que dirigió a cierto joven, que era dueño de muchas riquezas.

Se trataba de un excelente israelita que, entusiasmado por la predicación del maestro, quiso saber de sus propios labios qué debía hacer para alcanzar la vida eterna.

Jesús le respondió primero con los antiguos mandamientos de Moisés. *¿Cuáles?*, preguntó el muchacho, no porque no los conociera, sino para estar bien seguro. Jesús le enumeró entonces cinco o seis de ellos.

Todos esos, le respondió el joven, *los he guardado desde mi primera juventud. ¿Qué más me falta?* Entonces Jesús, fijando en él una mirada de amor y de especial simpatía, agregó: *Ve, vende todos tus bienes y dalo a los pobres, y después ven y sígueme.*

¡Sígueme! Era la palabra que había puesto a tantas personas en su seguimiento. Pero esta vez no. No pudiendo sostener la mirada de Jesús, el muchacho bajó la cabeza, no dijo palabra, se dio media vuelta y partió, triste. Diríamos que huyó. Tenía muchos bienes en esta tierra, y le faltó generosidad para seguir la llamada del cielo.

¿Cómo no iba a estar triste? El Hijo de Dios había pasado por su vida, se lo había pedido todo (como a los apóstoles), y él había desperdiciado la gran oportunidad de su vida.

No es que fuera malo, ni que hubiera perdido la vida eterna: cumplía todos los mandamientos. Solo que había dejado pasar en vano la llamada suprema, la del amor más grande, porque sus muchas riquezas le amarraban demasiado el corazón.

Simón Pedro y Judas

Simón y Judas eran apóstoles de la primera hora. Pero la suerte tan distinta, tan opuesta que corrieron los dos, da mucho que pensar, sobre todo porque, cerca ya del final, los dos ofendieron gravemente a Jesús.

Es cierto que los pecados de ambos no pueden compararse en gravedad. Simón Pedro, designado ya como cabeza de la futura Iglesia, negó tres veces al maestro a la hora de la prueba, después de haber proclamado a los cuatro vientos que jamás lo abandonaría, que estaba dispuesto a morir con él.

Judas, en cambio, lo vendería por treinta monedas a sus enemigos. Así y todo, lo que sellaría un destino tan diferente para uno y otro fue su respectiva reacción después de haber pecado. Mirémosla más de cerca.

En el patio del tribunal donde se condenaba a Jesús a muerte, Pedro, tres veces interrogado sobre si no era su discípulo, se acobardó ante una criada, en seguida ante un

guardia, y luego ante otro. Juró y perjuró que ni siquiera conocía a aquel hombre. Ya se lo había predicho Jesús: lo negaría tres veces antes de que cantara el gallo.

En cuanto el gallo cantó, pasó Jesús prisionero y ya muy golpeado, y le dirigió una rápida mirada. Fue una mirada de dolor, de amor, y de manso y dulce reproche.

Entonces Pedro recobró su conciencia, traspasado de pena, salió a la noche y lloró amargamente. Ahora podían ya golpearlo y escupirlo y matarlo, porque él gustosamente reconocería, y a mucha honra, ser discípulo del más adorable de todos los maestros habidos y por haber.

En su momento, por supuesto, obtendría el perdón del resucitado, que le confirmaría su misión a la cabeza de la Iglesia. Porque fue humilde, se arrepintió y lloró su pecado.

No siendo jueces de nadie, del misterio de Judas poco podemos decir, pero sí que, una vez consumada la traición, también se dolió intensamente de ella. Pero su dolor estuvo lleno de orgullo herido, de esa soberbia que lleva a la desesperación y a no pedir perdón.

Lleno de sí mismo, Judas sintió que su pecado era demasiado grande para ser perdonado, que su miseria superaba a la propia misericordia divina, que más malo era él que bueno Jesús. Y desesperado, se colgó de un árbol. Tal vez podamos decir que lo peor de Judas no fue la traición, sino el único pecado que Dios no puede perdonar (porque nosotros se lo impedimos): desconfiar de su misericordia.

Si Judas se hubiera acercado al pie de la cruz pidiendo perdón, o si hubiera hecho lo mismo ante María, su madre, habría sido perdonado. Pero su orgullo y suficiencia se lo impidieron. Lo único que el pecador más miserable no puede hacer jamás es desesperar del perdón de Dios.

Simón Pedro no desesperó, se arrepintió, y fue la primera cabeza de la Iglesia, que selló con la sangre de su martirio su arrepentimiento y su amor a Jesucristo.

5. EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

Con frecuencia se acercaban los judíos a Jesús para hacerle esta pregunta: *¿cuál es el primer mandamiento de la ley de Dios, el más importante?*

Jesús respondió siempre a la letra lo que ellos tenían escrito ya en esa ley, pero que tal vez se les enredaba en la maraña de sus seiscientos trece preceptos: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, con toda tu inteligencia y con todas tus energías.*

Pero añadió Jesús que el segundo mandamiento era semejante a ese, y completamente inseparable de él: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* Estos dos mandamientos son para Jesús el alma de todos los demás, el resumen de toda la ley y, en definitiva, el sentido mismo de la existencia humana en la tierra.

Así, pues, lo que llamamos moral cristiana no es propiamente un conjunto de deberes (aunque también se exprese en ellos). La ley de Cristo, o ley evangélica, es en esencia la ley del amor.